

CAPITULO V.

EL ZAGAL Y BOABDIL.

SUMISION DE LOJA, VELEZ Y MALAGA.

De 1486 á 1487.

Resultado de la particion del reino granadino.—Declara Fernando la guerra á Boabdil.—Sitia segunda vez á Loja.—Combates: asaltos: capitulacion.—Condiciones á que se sujetó el rey Chico.—Evacuan los moros la ciudad.—Rendicion de Illora.—Preséntase la reina Isabel en el campamento de Moclin: entusiasmo del ejército.—Trages de la reina y de sus damas: tiernas ceremonias.—Rindense varias fortalezas.—Guerra á muerte entre Boabdil y el Zagal en las calles de Granada.—Fomentanla los cristianos.—Aventura del comendador Juan de Vera dentro de la Alhambra.—Don Fadrique de Toledo y el capitan Gonzalo de Córdoba.—Espedicion de un grande ejército cristiano á Velez Málaga.—Dificultades, trabajos y peligros que venció en su marcha.—Sitio de Velez.—Riesgo que corrió la vida del rey.—Derrota de el Zagal.—Rendicion de Velez.—Importantes resultados.—Ciérranse al Zagal las puertas de Granada.—Cercan los cristianos á Málaga por mar y tierra.—Situacion, riquezas y fortificaciones de Málaga.—Valor, inflexibilidad y duro carácter del terrible Hamet el Zegri.—Emplea Fernando la artillería gruesa contra la ciudad.—Combates sangrientos.—Suplicios horribles ejecutados por Hamet.—Desánimo en los cristianos.—Aparecese la reina Isabel en el campamento: efecto mágico que produce.—Lance ocurrido con un santón musulmán: peligro que corrieron el rey y la reina de ser asesinados por el fanático moro.—Hambre horrible en Málaga.—Predicaciones de un profeta: entusiasma

al pueblo: política de Hamet el Zegri.—Salida impetuosa de los moros: galantería de Ibrahim Zenete: última batalla.—Resolucion del indómito Hamet.—Proponen los malagueños la rendicion.—Duras condiciones que les impone Fernando.—Protesta heroica de los malagueños.—Carta sumisa al rey.—Rindense á discrecion.—Entrada de los reyes en Málaga.—Prision de Hamet el Zegri: su indomable espíritu.—Cautiverio de todos los habitantes de Málaga.—Medidas de gobierno que toman los reyes.—Vuelven con el ejército victorioso á Córdoba.

El resultado de la particion del reino granadino entre el Zagal y Boabdil fué el que debia esperarse, y el que esperaba sin duda el rey Fernando, conocedor de las pasiones de los hombres y de la mala voluntad, que mutuamente se tenian los dos príncipes musulmanes. Ni el uno ni el otro habian aceptado el convenio de buena fé, y de ello se regocijaba en secreto el rey de Aragon. Asi fué que Abdallah el Zagal previno desde luego á los wáltes de Almería y de Guadix que estuviesen dispuestos á ayudarle contra Boabdil su sobrino, y éste por su parte notició á Fernando el cristiano que la mitad del reino habia quedado bajo su obediencia, y que siendo feudatario de Castilla esperaba se abstendria de hacer la guerra á los pueblos de sus dominios. Dando el astuto esposo de Isabel á la comunicacion del rey Chico una interpretacion y un sentido en que sin duda no pensó el musulmán, mostróse ofendido y receloso de sus alianzas con el Zagal, y dióle á entender que lo consideraba como una confederacion contra Castilla, impropia

de su amistad, y á la cual necesitaba hacer frente con las armas. El objeto de Fernando era intimidar á Boabdil, obrar como si no le ligase con él ningun compromiso, separarle de la alianza de su conreinan- te, y mantener viva la rivalidad entre los dos prínci- pes sarracenos.

Con grande asombro y no poca indignacion supo el rey Chico que una numerosa hueste cristiana de doce mil infantes y cinco mil caballos marchaban sobre Loja (mayo, 1486), una de las ciudades mas im- portantes de su pertenencia. Aquello no era sino una parte del grande ejército de cuarenta mil peones y doce mil ginetes que Isabel y Fernando habian lle- gado á reunir en Córdoba. Mandábale en gefe el mis- mo rey, y llevaba por caudillos al maestre de Santia- go, al marqués de Cádiz, á los condes de Cabra y de Ureña, á don Alonso de Aguilar, al adelantado de Andalucía y á otros ilustres campeones. Además del enojo que produjo en Boabdil esta conducta de Fer- nando, en cuya amistad habia creído poder fiar, enar- deciéronle los alfakies de Granada y escitáronle á que acudiese lo mas brevemente posible en socorro de los de Loja, y asi lo hizo, presentándose con cuatro mil hombres de á pié y cinco mil de á caballo en la plaza de la ciudad muy poco antes que se vieran tremolar los pendones cristianos en una de las lomas que la do- minan. Entre los capitanes de Boabdil se contaban el brioso y terrible Hamet el Zegrí con sus negros afri-

canos, y el hijo del famoso alcaide de Loja, Aliatar, llamado Izam ben Aliatar. Acompañaban al ejército cristiano Gaston de Lyon, senescal de Tolosa, con al- gunos caballeros franceses, y el lord Scales, conde de Rivers, enlazado con la sangre real de Inglaterra, acaudillando trescientos hombres de su casa, armados de arcos y de hachas á la manera de su tierra. Estos ilustres aventureros habian venido á España atraidos por la fama de los reyes de Castilla á tomar parte con ellos en las guerras contra los moros.

Pronto se les presentó ocasion de ver por sí mismos lo que eran combates entre sarracenos y españoles. Comenzó la pelea con furioso ardimiento entre Boab- dil, Ben Aliatar y los Abencerrages por una parte, don Alonso de Aguilar, el marqués de Cádiz y los hidal- gos andaluces por otra. El rey Chico, que se hacia notar por su fina y brillante armadura, gallardo y apuesto en su presencia, y mas valiente que afortuna- do, tuvo que ser retirado del campo por sus Abencer- rages, brotando sangre en abundancia por dos heridas que le abrieron los tiradores del marqués de Cádiz. Las furiosas acometidas de Hamet el Zegrí no basta- ron á impedir á Fernando sentar sus reales en las co- linas, colocar su artillería, fortificar sus trincheras y atacar la plaza por cuatro puntos simultáneamente. Allí comenzó á distinguirse entre otros capitanes el jóven Gonzalo de Córdoba, cuyas proezas habian de resonar por todo el mundo. Asaltada la ciudad por

puertas, por muros y por tejados, arrollados los moros en calles y plazas, refugiáronse al alcázar despues de tres horas de mortandad, dejando la poblacion sembrada de cadáveres y á la merced de la soldadesca cristiana, que saqueaba á discrecion y degollaba sin piedad. El caballero inglés, conde de Rivers, que al frente de su cohorte habia combatido armado de punta en blanco descargando con su hacha golpes tan terribles que dejaba asombrados á los mas robustos montañeses, al dar el asalto del arrabal recibió una pedrada que le arrebató dos dientes y le derribó sin sentido en tierra. A su vez Hamet el Zegrí habia sido herido tambien de una lanza cristiana, despues de presenciar la muerte de muchos valerosos alcaides y de muchos feroces Gomeles de los de su tribu. Opóniase Boabdil á pedir capitulacion, á pesar de su mal estado y del abatimiento de los encerrados en el alcázar, temiendo la cólera de Fernando. Un discurso de Ben Aliatar le decidió á hacerlo, y se enarboló la bandera de parlamento en el castillo. Gonzalo de Córdoba fué el elegido para conferenciar con Boabdil, por ser amigo personal suyo desde la prision del rey moro en Porcuna. Con Hamet el Zegrí trató al propio tiempo el marqués de Cádiz. Al cabo de algunas conferencias quedó concertada la entrega del castillo con las condiciones siguientes:

Boabdil abdicaría el título de rey de Granada; en su lugar se le daría el de duque ó marqués de Guadix

con el señorío de esta ciudad si se ganaba antes de seis meses; de otro modo obtendria la grandeza de Castilla: habia de hacer guerra sin descanso á el Zagal, su tío: á los soldados y moradores de Loja se les permitiria pasar con sus bienes muebles á Africa ó Granada, ó á cualquier punto de la España cristiana, si lo preferian. Dados algunos rehenes para la seguridad del cumplimiento de la capitulacion, se entregó la fortaleza (29 de mayo, 1486), cuyo gobierno se encomendó al señor de Fuentidueña don Alvaro de Luna. Con llanto en los ojos evacuaron los moros á Loja, conduciéndolos el marqués de Cádiz hasta dejarlos en lugar seguro. El rey Chico salió casi desfallecido en compañía de Gonzalo de Córdoba á besar la mano á Fernando, que le recibió con la dulzura y benignidad que acostumbraba á usar con los vencidos. Curado Boabdil en Priego de sus heridas por físicos cristianos, trasladóse á Lorca para alimentar desde allí la guerra contra su tío el Zagal. Asi se rindió la soberbia Loja, que pocos años antes habia visto retirarse de delante de sus muros con poca honra al ejército cristiano, y así vengó Fernando la afrenta que en otro tiempo le habia hecho sufrir el brioso y altivo Aliatar. La reina Isabel celebró en Córdoba tan señalado triunfo de manera que solía hacerlo, distribuyendo limosnas y repartiendo dádivas y consuelos á los cautivos rescatados. Queriendo honrar con un rasgo de esplendidez al valeroso gentil-hombre

inglés, señor de Scales, le hizo un presente de doce hermosos caballos, de joyas y telas preciosas, dos camisas con colgaduras de tisú de oro ricamente labrado, y una magnífica tienda de campaña ⁽¹⁾.

Un acontecimiento interesante, ó mas bien un espectáculo dramático y tierno ocurrió poco despues en el campamento del ejército cristiano. A la conquista de Loja habia seguido la rendición de Illora, asaltada con arrojo por la gente del duque del Infantado ⁽²⁾, y el ejército habia procedido á cercar á Moclin. Esperábase aqui á la reina Isabel para concertar á su presencia y con su dictámen el plan de las operaciones subsiguientes. Un brillante y lucido cuerpo al mando del marqués duque de Cádiz se habia adelantado á saludar á la ilustre princesa junto á la Peña de los Enamorados. Saludó Isabel muy cordialmente al esclarecido conquistador de Alhama, á quien estimaba como á la flor y espejo de sus caballeros, y prosiguió por Archidona á Loja, donde solo se detuvo el tiempo preciso para premiar á los valientes y socorrer y consolar á los heridos y enfermos. Aguardábasela con im-

(1) Bernaldez, Reyes Católicos, c. 78 y 79.—Fernando del Pulgar, Cron., p. III., c. 58.—Pulgar el de las Hazañas, Breve parte de las hazañas del Gran Capitan.—Lucio Marineo, Cosas Memorables, folio 172.—Pedro Mártir de Angleria, Opus Epist., lib. I.

(2) Cuéntase que este personaje, el cual se distinguia entre los demas caballeros por su ostentoso boato personal y por el lujo

con que llevaba su gente, viendo á sus vasallos un instante detenidos por la lluvia de proyectiles que sobre ellos caian al asaltar á Illora, les arengó enérgicamente, y entre otras cosas les dijo: «Dareis lugar á que digan que llevamos mas gala en nuestros cuerpos que esfuerso en nuestro corazon, y que solo somos soldados de dia de fiesta?»

paciente entusiasmo en el campamento de Moclin (junio, 1486). Grande y general fué el júbilo cuando se divisó la régia comitiva. A la media legua de la villa la esperaba el duque del Infantado con un brillante séquito de caballeros vestidos de toda gala. A su llegada abatió la hueste de Sevilla su vieja bandera, y á esta señal resonaron por el campo los vivas de todo el ejército.

Llevaba á su lado la reina de Castilla su hija la infanta Isabel, y rodeábala un cortejo de ilustres damas, todas en mulas cubiertas de ricos jaeces. Cabalgaba Isabel en una mula de color castaño, con silla guarnecida de oro y plata, enmantillada de terciopelo carmesí bordado de oro, con falsas bridas de raso entrelazadas con letras de aquel precioso metal. Cubria su cabeza un sombrero negro bordado, su cuerpo un manto de grana á estilo de las princesas árabes, y debajo vestia brial de terciopelo, y saya de brocado. Llevaba dos faldas de brocado y terciopelo, y una especie de capuz morisco de escarlata, á usanza de las nobles doncellas granadinas. Los caballeros y donceles del ejército iban luciendo sus mejores arreos y haciendo alarde de gallardía y gentileza al lado de las damas castellanas, y contrastaban con aquellos lujosos trages las viejas y acriladas banderas que se humillaban á hacer el saludo de honor á la ilustre heroína. Adelantóse en esto á recibir á su amada esposa el rey Fernando con vistoso séquito de nobles andaluces y

de grandes de Castilla. Montaba el rey un soberbio corcel castaño; vestía jubon carmesí y calzas de raso amarillo; cubría su coraza una sobreveste de brocado, y de sus hombros pendía un manto de lo mismo; ceñía al costado una cimitarra morisca. Entre los caballeros que acompañaban al rey se distinguía por su exquisito porte el noble inglés conde de Rivers, vestido de punta en blanco, con sombrero de plumage á la francesa, sobretodo de brocado de seda también francés, y un broquelete pendiente del brazo con bandas de oro. Caracoleaba en un soberbio caballo cubierto con ricos paramentos con tal garbo, soltura y gallardía, que escitaba la admiración de los mejores ginetes españoles.

Saludáronse el rey y la reina al encontrarse, haciéndose tres reverencias. Luego se acercó Fernando y besó afectuosamente en la mejilla primeramente á su esposa y despues á su hija Isabel, trasladándose seguidamente á las tiendas que les tenían preparadas (1).

Era ciertamente un espectáculo interesante y tierno el de un ejército que se entusiasmaba y fortalecía con la presencia de una muger. Pero era una muger á quien capitanes y soldados estaban igualmente agradecidos, porque á ella se debían los aprestos y recursos de la guerra, era el alma de todo, y á todos

(1) Bernaldez, el Cura de los pormenores en su Historia MS. de Palacios, da todos estos curiosos los Reyes Católicos, c. 80.

atendía y de todos cuidaba con solicitud prodigiosa, y la veían dispuesta hasta á compartir con ellos las privaciones y las fatigas de la guerra. Isabel continuó en efecto con el ejército durante esta campaña, que habiendo comenzado por la conquista de Loja, y proseguido por las de Illora, Moclin, Montefrio, Colomera y el Salar, concluyó con una tala rigurosa en la vega de Granada, siendo Isabel la que tomaba medidas y disposiciones para la conservación y seguridad de las poblaciones y castillos conquistados.

La conducta de Boabdil en Loja, su debilidad, su falta de fé, y sob^o todo el compromiso á que suscribió de mantener guerra contra su tío el Zagal, encolerizó á éste en términos que desplegó una persecución á muerte contra todos los parciales de su sobrino, y envió emisarios que con pretesto de una conferencia con Boabdil le propináran uno de aquellos venenos activos y sutiles que conocían y empleaban los árabes. Súpolo el rey Chico y escribió al Zagal: «No aplacaré mi sed de venganza hasta ver clavada en una puerta de la Alhambra tu cabeza.» Respirando encono y acompañado de sus Ahencerrages corrió la áspera cordillera que se extiende desde Velez Blanco á Granada, y se apareció una madrugada al pie de los muros del Albaicín, cuyos habitantes se prepararon á defender á su soberano. Apercibido el Zagal, enarboló banderas en la Alhambra, mandó tocar los añafiles y atambores, y multitud de Zegries y de

negros africanos corrieron furiosos á atacar á los Abencerrages que esperaban atrincherados en las calles contiguas al Albaicin. Ambas facciones combatian con igual saña; el que caia en manos de sus contrarios era sin remedio degollado instantáneamente; corria á torrentes la sangre de bizarros jóvenes musulmanes; á veces les parecia estrecho el recinto de la ciudad, y salian á pelear á la Vega; volvian á la poblacion y se renovaba el combate. Viéndose estrechado el rey del Albaicin por el rey de la Alhambra, y notando desánimo en sus parciales y defensores, pidió auxilio al frontero cristiano don Fadrique de Toledo. Con grande alegría vio el rey Chico asomar por las montañas de Sierra Elvira las banderas y las lanzas cristianas; el mismo Boabdil salía á recibir á sus auxiliares, pero encontróse con una fuerte línea de tropas del Zagal que impedian su reunion.

Un caballero árabe se vió cruzar al campamento de los cristianos seguido de una pequeña escolta. Era un emisario del Zagal encargado de proponer á don Fadrique de Toledo una alianza con Castilla bajo condiciones mas ventajosas que las estipuladas con Boabdil. Don Fadrique, que tenia instrucciones del rey Fernando para fomentar la concordia entre los dos soberanos granadinos, envió al rápido comendador don Juan de Vera para que tratara personalmente con el mismo Zagal. Espléndidamente recibió el rey moro en los magníficos salones de la Alhambra al co-

mendador cristiano. No asi algunos de sus fanáticos servidores, que no pudiendo tolerar los agasajos que se hacian á un descreído en el grande alcázar de los soberanos musulimes, provocábanle con pláticas y cuestiones religiosas, descendiendo á comparaciones obscenas entre la madre de Mahoma y la madre de Dios. Apurósele la paciencia al fogoso cristiano, y desnudando su acero dividió de un solo tajo en dos piezas la cabeza de uno de los imprudentes y provocativos moros. Moviése gran alboroto en la Alhambra; por todas partes no se veian sino alfanges desnudos; el cristiano se defendia con serenidad imperturbable de las muchas cimitarras que se dirigian á su pecho; acudió el Zagal, restableció el orden, protegió al embajador cristiano, é informado de la causa del alboroto castigó ejemplarmente á los promovedores. Mas no tardó en difundirse por la ciudad la voz de que habia cristianos en el alcázar, introducidos por renegados traidores: tumultuóse el populacho, y temiendo el Zagal su actitud amenazante y feroz, apresuróse á poner en salvo al cristiano dándole uno de sus mas ligeros caballos y un disfraz. Rápidamente cruzó Juan de Vera por entre las turbas de los moros, ganó el campo, y corriendo á toda brida se incorporó con don Fadrique y le refirió su aventura. El caudillo cristiano escribió al Zagal dándole las gracias por su generoso comportamiento, regaló al intrépido comendador el mejor de sus caballos, é in-

formada por él la reina de Castilla del arroyo y de los peligros de Juan de Vera, amiga de no dejar nunca sin premio las acciones heroicas, le hizo merced de trescientos mil maravedís. Contento don Fadrique de Toledo con haberse mostrado amigo de los dos príncipes musulmanes, sin comprometerse con ninguno, se retiró con su hueste á Loja dejándoles que se destrazáran entre sí.

Otros continuaron su obra y su política. El jóven Gonzalo de Córdoba, alcaide de Illora, Martín Alarcón, que lo era de Moclin, y los demas gobernadores de las plazas últimamente conquistadas, viendo la decadencia en que iba el partido de Boabdil, propusieron auxiliarle por lo menos hasta nivelar otra vez las fuerzas de los dos rivales é implacables moros. Por feliz se contó con tan oportuno socorro el rey Chico, y reanimados tambien sus partidarios se renovaron con furor los combates en Granada y sus inmediaciones. Por meses enteros continuó una lucha sangrienta en los barrios, en las calles y en las plazas de la ciudad entre las dos encarnizadas facciones; era una matanza diaria y una situacion horrible. La fuerza de la necesidad y las gestiones de los al-fakies, de los ancianos y de los hombres pacíficos, movieron ya á pensar en poner término á aquel angustioso é intolerable estado; mas cuando Gonzalo de Córdoba, cuya espada habia brillado ya algunas veces hasta en las calles del Albaicin, vió los ánimos

predispuestos á la paz, atizó de nuevo la discordia haciendo halagüeños ofrecimientos á los partidarios de Boabdil, y se retiró con los demas alcaides cristianos dejando á los dos príncipes moros y sus secuaces desgarrándose con ruda y rencorosa saña.

Habian entretanto los reyes de Castilla y Aragon reunido en Córdoba y su comarca un ejército formidable, que las crónicas de aquel tiempo hacen subir á la cifra de cincuenta mil infantes y veinte mil caballos, que de todas las provincias de España habian concurrido gustosos á aquella guerra; testimonio inequívoco del entusiasmo que aquellos monarcas habian sabido excitar en sus pueblos. A la cabeza de tan numerosa hueste salió el rey Fernando de Córdoba (7 de abril, 1487), sin arredrarle los funestos pronósticos que la gente supersticiosa fundaba en un temblor de tierra que la noche antes habia conmovido algunos edificios, y hasta el mismo alcázar de la ciudad. Acompañábanle los capitanes que mas fama habian ganado en las anteriores campañas, el maestre de Santiago, el marqués de Cádiz, los condes de Cabra y de Ureña, los duques de Plasencia y de Medinaceli, don Alonso de Aguilar, don Fadrique de Toledo, el claver de Calatrava, el conde de Cifuentes, recién rescatado del cautiverio en que quedó desde el desastre de la Ajarquía, y otros ilustres caballeros y caudillos, entre los cuales no era el menos principal el entendido ingeniero Francisco Rami-

rez de Madrid, gefe superior de la artillería, á quien mandó ponerse en movimiento con sus trenes desde Ecija, donde se hallaba acantonado. La expedicion se dirigia contra Velez-Málaga, plaza situada á orillas del mar, á cinco leguas de Málaga, y al extremo de una cordillera de montañas que se estiende hasta Granada, enseñoreando un valle apacible y casi rodeado de bellas y fértiles colinas, cubiertas de sabrosos y sazonados frutos y primorosamente laboreadas. Su ocupacion equivalia á cortar las comunicaciones entre las dos principales ciudades del reino granadino; era por lo tanto importante, pero por lo mismo difícil de conquistar y peligrosa de sostener. Un recio temporal de aguas que hizo salir de sus cauces los rios, desbordarse los torrentes y convertirse en pantanos las llanuras, puso casi intransitables los caminos en un terreno de por sí harto desigual, áspero y montuoso. Pasábanse dias sin que ni pudiera avanzar el ejército, ni encontrára dónde acampar: soldados y acémilas sucumbian desfallecidos bajo el peso del arnés ó de la carga, ó resvalaban y caian por las laderas de las montañas. Merced á dos mil peones que llevaba delante el alcaide de los Donceles, armados de barras y de picos, de pontones para atravesar los arroyos, y de otros útiles para allanar cuestras y rellenar pantanos, pudo irse facilitando paso á la infantería, y al cabo de nueve dias de penosísima marcha acampó el ejército delante

de Velez, y tras él las pequeñas piezas de batir, no habiéndose podido llevar las lombardas y artillería gruesa ⁽¹⁾.

Sorprendiéronse los moradores de Velez al ver desplegarse cerca de los muros columnas y banderas cristianas que muchos no habian visto nunca, al propio tiempo que por el mar se aproximaban muchas galeras con gallardetes que no eran moriscos. Pero repuestos del primer pavor, y apenas el rey habia asentado sus reales, hicieron una salida en que acuchillaron una banda de cristianos que fortificaban una eminencia contigua. Descuidadamente comia Fernando en su tienda cuando oyó la gritería y el tropel de los fugitivos: sin vacilar un punto montó en su caballo, y saliendo con algunos de sus continuos, sin otra armadura defensiva que un peto, arremetió briosamente á los moros, sepultó el hierro de su lanza en el pecho de un musulman que acababa de matar á sus pies á uno de sus palafreneros, y de tal manera y tan cíegamente se metió entre los enemigos, que de cierto hubiera perdido la vida si tan oportunamente no se hubieran interpuesto el marqués de Cádiz, el conde de Cabra, el adelantado de Murcia y los capitanes Garcilaso de la Vega y Diego de Ataide, que salvaron á su soberano y ahuyentaron á lanzadas á los moros.

(1) Pulgar, Crón., p. III., capítulos 69 y 70.—Bernaldez, c. 82.—Galindez de Carvajal, Anales, A. 87.—Vedmar, Antig. y Grandezas de Velez, lib. I.